

Capítulo I La Polis Ateniense Y La Evolución De La Democracia

1.1. Testimonios atenienses del progreso político hasta ca. 500 a. C.

En algún momento de los años 460 un niño ateniense recibió el nombre de Demócrates, lo que parece indicar la aceptación del *kratos* (autoridad o poder) del *demos* (pueblo). Esta es la primera vez que se atestigua este nombre propio. La elección del mismo podría parecer algo chocante, en cuanto que su padre, Lisis, pertenecía a una familia con propiedades lo suficientemente rica para criar caballos y participar en las carreras de carros. Sea cual sea el sentido preciso que tuvo esta elección de Lisis, el nombre sugiere al menos que el papel político del *Demo* era en Atenas un asunto que suscitaba interés o quizá un tema muy debatido en aquel tiempo. Para algunos, la noción del poder del *Demo* era anatema, pero el dramaturgo Esquilo reflejó probablemente con más exactitud en su obra *Las suplicantes* (representada ca. 463) cuáles eran las actitudes de la mayor parte de los atenienses al respecto. De una forma anacrónica no sin precedentes en la tragedia ática, describió —con evidente beneplácito— la necesidad y la conveniencia de que el rey de la antigua Argos consultara a su pueblo en la Asamblea y obtuviera su apoyo antes de conceder asilo a las fugitivas hijas de Dánao. Sin lugar a dudas, ya hacia mediados del siglo V el poder del *Demo* era algo reconocido en la vida pública ateniense¹.

Los atenienses de la segunda mitad del siglo V y los del IV tenían puntos de vista diferentes con respecto a los comienzos de la democracia. Para algunos, sus orígenes se remontaban incluso a la época de su legendario rey Teseo, pero para la mayoría una figura clave fue Solón, legislador de finales de los años 590. Durante las disensiones políticas de los últimos años del siglo V tanto los oligarcas como los demócratas invocaban “las leyes de Solón” con el fin de conferir venerabilidad y autoridad a sus puntos de vista². El primer objetivo de Solón parece que fue devolver la estabilidad a su ciudad natal cuando ésta se vio amenazada por una amarga contienda civil e impedir que un solo individuo pudiera hacerse con el poder. Algunas de sus reformas garantizaron ciertos derechos individuales fundamentales. En concreto, protegieron la libertad personal de los atenienses frente a la esclavitud por deudas, permitieron que cualquier ciudadano pudiera pedir reparación en nombre de una persona agraviada, y respaldaron el derecho de apelar al pueblo contra las decisiones de los arcontes o de los funcionarios³. Solón facilitó asimismo el acceso al poder en Atenas al acabar con el monopolio que ejercía la aristocracia en la ocupación de los cargos públicos. Dividió el cuerpo de ciudadanos en cuatro clases: *pentakosiomedimnoi* (aquellos que producían como mínimo 500 medimnoi de grano al año), *hippeis* (los caballeros, que producían al año 300 medimnoi o mis), *zeugitai* (hoplitas o quizá carreteros, que producían 200 o más) y *thetes* (labriegos que andaban por debajo de los 200). Al usar las clases censitarias para determinar a quién se podía elegir para ciertos cargos públicos, Solón se encargó de que diferentes cargos de la polis estuvieran abiertos a la clase más alta (en el caso de los Tesoreros de Atenea), probablemente a las dos clases más altas (en el caso de los arcontes), o a las tres primeras clases (los cargos más ordinarios). Esta apertura tuvo que ser un proceso muy lento⁴. El tenor general de las reformas de Solón aparece compendiado en algunos de los versos que escribió para promover o justificar sus puntos de vista y sus leyes:

Porque es verdad que al pueblo le di privilegios bastantes,
sin nada quitarle de su dignidad ni añadirle;
y en cuanto a la gente influyente y que era notada por rica,
cuidé también de éstos, a fin de evitarles maltratos;
y alzando un escudo alrededor mío, aguanté a los dos bandos,
y no le dejé ganar sin justicia a ninguno.

Y según más adelante escribió:

Como mejor obedece el pueblo a sus jefes, es cuando no anda muy suelto, sino que se siente apretado; pues de la hartura nace el abuso, tan pronto dispone de muchas riquezas el hombre incapaz de ajustárselas⁵.

Otro símbolo del espíritu del pueblo ateniense fueron los tiranicidas. En derredor de las figuras de Harmodio y Aristogitón nació o se promovió la leyenda de los campeones de la libertad que habían librado al pueblo ateniense de la tiranía al macar a Hiparco en el 514. Estos tiranicidas fueron las primeras personas en cuyo honor se erigieron estatuas en el Ágora o centro cívico de Atenas, y después que Jerjes se las llevó en el 480, les fueron levantadas otras nuevas. Estas debían llamar poderosamente la atención no sólo porque se hallaban en el centro del Ágora, sino también porque se alzaban completamente aisladas⁶. Los tiranicidas también eran recordados en las canciones de taberna: “devolvieron a Atenas leyes justas que obedecer” e “hicieron de Atenas una ciudad de derechos iguales para todos (isonomos)”⁷. La divergencia entre el mito y la realidad ya la advirtió Heródoto, quien señaló que el asesinato de Hiparco hizo que el gobierno de Hipias se hiciera más cruel, e incluso sostuvo que fueron más bien los alcmeónidas quienes libertaron a Atenas. Tucídides se tomó la molestia de exponer el mito, ya que lo eligió para demostrar cómo los atenienses, lo mismo que la mayoría de los demás pueblos, aceptaban las tradiciones sin ningún sentido crítico. Tucídides sostenía que fue la inquina personal lo que motivó el asesinato del tirano, que el que gobernaba no era Hiparco sino su hermano mayor Hipias, y que era éste quien tenía que ser eliminado, pero que Harmodio y Aristogitón, presas del pánico, asesinaron a Hiparco al sospechar que sus planes habían sido revelados a Hipias⁸. No obstante, los tiranicidas siguieron siendo los héroes de la democracia ateniense durante los siglos V y IV.

En realidad la tiranía pisistrátida llegó a su fin cuando los espartanos, acompañados por los alcmeónidas y otros desterrados atenienses, expulsaron al tirano Hipias en el 510. Pisttrato y sus hijos, resueltos como estaban a conservar su situación de poder, habían reprimido en buena parte las rivalidades entre los aristócratas locales o “dinastas locales”, y su gobierno desde el 546 al 510 marcó un período de estabilidad e hizo incrementar el sentimiento de unidad del Ática. El fomento de las fiestas de la ciudad en honor de Atenea, la deidad tutelar de Atenas, y de Dioniso suministró no sólo una alternativa a los vínculos y lealtades locales, sino que pudo concentrar la atención en las fiestas que se celebraban en la ciudad, abiertas a todos los atenienses. Las Panateneas y las Grandes Dionisias habrían de revelarse como poderosos símbolos de Atenas y de su pueblo en el siglo V⁹.

Sin embargo, en los primeros años que siguieron a la expulsión de Hipias, la polis ateniense se vio desgarrada por la reaparición de intensas luchas de facciones entre las familias aristocráticas. La fuerza de estas familias radicaba en su capacidad de dominar las cuatro tribus jónicas

tradicionales, que eran la base de la organización social, religiosa y política del Ática. En esta lucha de facciones, el almeónida Clístenes se vio derrotado y, queriendo ganarse el apoyo del ciudadano corriente ateniense que no pertenecía a las tradicionales familias dirigentes, tomó en cuenta los temores de la mayoría acerca de que sus pretensiones de conseguir la ciudadanía ateniense fueran desestimada¹⁰, ya que las disputas, más agrias habían surgido acerca de quién tenía derecho a ser considerado ateniense. Estos asuntos habían estado en manos de las familias aristocráticas, que controlaban el número de miembros de las fraternidades (o hermandades) y de este modo su admisión en las tribus. Clístenes se opuso a la rígida investigación de antecedentes familiares y favoreció el reconocimiento de aquellos cuyo derecho para llegar a ser atenienses era dudoso; en concreto sus reformas transfirieron el control de estos asuntos desde las viejas familias aristocráticas a los demos o comunidades locales en las que todos los atenienses libres habían pasado a tener que registrarse. De este modo Clístenes “mezcló” al pueblo, y el domicilio sustituyó al parentesco o al pretendido parentesco como base de organización política¹¹. La pertenencia al demo donde se vivía en ese momento se convirtió en el medio para inscribirse en una de las diez nuevas tribus instituidas por Clístenes: todos los atenienses disfrutaban de un mismo estatus como ciudadanos. Cada una de las tribus extraía a sus miembros de tres distritos: la ciudad, la costa y el interior. Ningún grupo local podía gobernar solo los asuntos de una tribu. Por otra parte, había reuniones y actividades corporativas no sólo en el plano de la tribu, sino también en el plano intermedio de los “treinta trittyes” (o tercios) que constituían el eslabón entre los demos y las diez tribus, y, lo que es aún más importante, en el plano de los demos. La adopción de la estructura de demo contribuyó a resolver los problemas suscitados por las disputas en torno al estatus de ateniense, en tanto que la estructura de trittyes pretendió ocuparse del problema de los intereses tradicionales de las localidades¹². La perspectiva de extender la participación política en varios planos hasta los atenienses que constituían el pueblo llano y que —como dice Heródoto— habían estado desde el principio marginados o postergados pudo ser también un factor importante en la consecución de apoyo por parte de Clístenes, y ello tanto si adoptó la isonomía (igualdad de derechos) como lema —lo que parece probable— como si no. En particular, las reuniones del demo debieron de ofrecer a los atenienses la oportunidad de interesarse y participar en las cuestiones que más directamente les atañían, y de este modo, y con el paso del tiempo, alentaron a otros miembros de los demos a cuestionar el dominio aristocrático en asuntos locales, especialmente en las comunidades aldeanas del Ática rural¹³.

Las reformas de Clístenes, en tanto que abordaban el problema fundamental de la composición del cuerpo político ateniense, tuvieron cierta capacidad de poner límites al poder político de los dirigentes aristocráticos y de limitar los efectos de las luchas entre dinastías. Mayor importancia tuvo que, al romper los viejos lazos y establecer nuevas unidades para la organización política y militar, el orden instaurado por Clístenes consiguió una mayor cohesión entre los atenienses. Lo que era disgregador o atomizador resultó ser unificador, ya que las nuevas diez tribus, formada cada una por ciudadanos de diferentes zonas del Arica, fueron utilizadas como base para una nueva Boulé (o Consejo de los Quinientos) así como para la organización militar, con el regimiento de hoplitas de cada tribu bajo las órdenes de un strategos (general)¹⁴. Con todo, la razón “política” de Clístenes fue la de hacer más poderosa su propia facción, y esperaba que el Demo o los atenienses en general acabarían mostrando gratitud y lealtad a su facción. Sin embargo, lo que se concibió sólo como una maniobra dentro de la política de la aristocracia acabaría convirtiéndose en algo totalmente diferente cuando el ateniense ordinario llegó a tomar conciencia de su propio peso político¹⁵.

1.2. El creciente poder de Atenas entre ca. 500-ca. 450

Las posibilidades que los atenienses en general tuvieron para hacer valer algo de su influencia comenzaron a materializarse en el transcurso de las dos generaciones siguientes. Durante este período los atenienses pasaron de estar más bien subordinados a Esparta a encabezar una alianza que permitió a la ciudad de Atenas hacerse con la supremacía naval en el Egeo y actuar de forma independiente y tajante. Los hoplitas atenienses que expulsaron los invasores persas en los campos de Maratón en el 490 dieron vida a uno de los grandes “mitos” de Atenas. Estos “combatientes de Maratón”, probablemente unos nueve mil hombres auxiliados tan sólo por las fuerzas plateenses en pleno (quizá unos seiscientos), demostraron ser capaces de abatir el poder del rey persa, que desde el 546 había planeado como una amenaza sobre las costas orientales del Egeo, y todo ello no en calidad de soldados permanentes como eran los espartanos, sino como tropas milicianas. Una generación más tarde se eligió esta victoria de Maratón como tema para uno de los grandes murales de laque acabó llamándose Stoa Poikile (Pórtico de las pinturas). Esta estoa se erigió en el Ágora probablemente hacia el 460, y en ella, como dijo Esquines, “están representados los testimonios de todas nuestras nobles hazañas”. La estoa era uno de los principales puntos neurálgicos de la vida ateniense, y allí, en ese “vestíbulo de las victorias”, Maratón se vinculaba con dos de los mitos más populares de los atenienses también allí representados¹⁶: la victoria de Teseo y de los atenienses sobre las amazonas invasoras, y el saqueo de Troya. La prioridad en el tiempo de la batalla, el que fuera una victoria conseguida prácticamente sin ayuda de nadie y el prestigio de los hoplitas aseguraron a los combatientes de Maratón una aureola por lo menos igual al renombre conseguido por los atenienses en general cuando en el 480 optaron por evacuar su territorio y desempeñaron un papel crucial en la victoria naval griega sobre la flota de Jerjes en Salamina. La magnitud de esta derrota infligida por los hombres libres de Atenas, ni esclavos ni sujetos a hombre alguno, al arrogante rey persa y su vasta armada se vio reflejada en la tragedia de Esquilo *Los Persas*, representada durante las Grandes Dionisias en el año 472¹⁷. En la victoria de Salamina, incluso aquellos atenienses que no podían costearse su armadura de hoplita (infantería pesada) participaron como remeros de la flota. Después de que se formase la Liga Délica en el 478 bajo la dirección de Atenas, fueron estos atenienses más pobres los que constituyeron junto con los hoplitas la mayor parte de las fuerzas de la Liga, que en el transcurso de la década que siguió obligaron a los persas a salir del mar Egeo e infligieron una aplastante derrota a otro ejército expedicionario persa en el Eurimedonte. Estos extraordinarios éxitos militares engendraron en los atenienses en general una gran confianza en su polis y en sí mismos, así como un reconocimiento de la contribución de todos los atenienses a la seguridad y salvaguardia de su polis. Fue probablemente hacia mediados de los años 460 cuando la polis ateniense asumió la responsabilidad de devolver a casa a los caídos en combate, a fin de que se les rindieran honras fúnebres. Una práctica que atañía sólo a los dirigentes (por ejemplo, los reyes espartanos) y la polis estaba extendiendo a todos los atenienses¹⁸.

El creciente poderío de Atenas y la confianza de los atenienses se ven claramente reflejados durante los años 460 y en los 450 en el cambio de relaciones con otros estados griegos. Por ejemplo, en el 465 el conflicto que existía entre los intereses atenienses y los de Tasos en el norte del Egeo desembocó en un intento por parte de Tasos de retirarse de la Liga Délica. Se asedió Tacos y finalmente se la obligó a rendirse en el 463. Los atenienses no sólo impusieron condiciones por las que se privaba a Tasos de toda posibilidad de secesión, sino que también la despojaron de sus intereses mineros y comerciales en Tracia¹⁹.

Más importante fue la ruptura de relaciones entre Atenas y Esparta en el 462. Durante bastante tiempo se había considerado a Esparta el estado griego más poderoso. De hecho, los atenienses debieron su liberación del yugo del tirano Hipias en el 510 a la intervención espartana (y quizá esto fuera un factor no despreciable para que los atenienses del siglo V atribuyeran tal liberación a Harmodio y Aristogitón). En las décadas siguientes, y pese a que los conatos espartanos de restablecer a Iságoras fracasaron, los atenienses tuvieron que aceptar por lo general el poder superior de Esparta, recurriendo de hecho a los espartanos en épocas de crisis y peligro, como ocurrió con motivo de la postura filopersa de los eginetas a finales de los años 490 o de la invasión persa del 490²⁰. En el 481, al enfrentarse a las fuerzas invasoras de Jerjes, los atenienses, al igual que los demás griegos, reconocieron la supremacía de Esparta, aceptando su dirección tanto en las operaciones terrestres como en las navales. Es cierto que en la batalla de Salamina, en el 480, los atenienses aportaron 200 de los 378 barcos que componían la flota griega en su conjunto, participando los corintios con 40 barcos, los eginetas con 30 y los espartanos con 16. Heródoto dice que los atenienses renunciaron a su pretensión de mandar la flota en interés de la unidad griega, pero, por muchas razones, la dirección ateniense apenas se contemplaba ni siquiera en el ámbito naval²¹. Después de las victorias griegas en Salamina, Platea y Mícale, los atenienses aceptaron, y sin duda alentaron subrepticamente, la invitación que le hicieron otros estados griegos a dirigir una campaña continua contra Persia. Que esta evolución de los acontecimientos agradara a los espartanos tal y como nos cuenta Tucídides, es cuestión que puede ponerse en duda aunque sólo sea teniendo en cuenta su oposición sistemática a que se reconstruyeran las fortificaciones de Atenas²². Con todo, los atenienses proclamaron su independencia llevando este trabajo a cabo. Durante la década siguiente, e incluso durante algunos años más, estuvieron dispuestos a seguir la doctrina de Cimón que propugnaba compartir la dirección del mundo griego con su “compañero de yunta”, Esparta, mientras continuaran las operaciones contra los persas. Fue apelando a esta doctrina como Cimón persuadió a la Asamblea ateniense en el 462 para que se enviase una unidad de hoplitas con el fin de ayudar a los espartanos a sofocar la revuelta de los hilotas²³. La despedida espartana de esta militar fue consecuencia del creciente recelo contra Atenas y las políticas atenienses, pero asimismo lo incrementó. En Atenas, por su parte, la doctrina de Cimón perdió toda credibilidad.

La confianza de los atenienses se vio acrecentada aún más gracias a la concertación de dos alianzas en el 461/0: una con Mégara, mediante la cual se protegía al Ática de una invasión directa por tierra desde el Peloponeso, y otra con Argos, la vieja rival de Esparta en el Peloponeso. Atenas pasó a desempeñar un papel activo en el nordeste del Peloponeso (459), conquistó a su vieja rival en el golfo Sarónico el pequeño estado insular de Egina (458) y adquirió dominio sobre sus vecinos del norte, las ciudades de Beocio (457). Con todo, en el 454 sufrió un serio revés con la derrota de la expedición aliada que se había enviado en el 459 para ayudar al rebelde egipcio Inaro en su tentativa de independizarse del poder persa²⁴. A finales de los años 450 y principios de los 440 Atenas tuvo que bregar con las agitadas circunstancias de sus aliados del Egeo y con problemas en sus relaciones con ellos. Estas dificultades tuvieron su origen bien en el desastre del 454, bien en el entrometimiento persa en algunas de las ciudades, bien por disensiones internas, o bien por las tirantes relaciones que surgían de la dispar idea que tenían los aliados de sus vínculos con Atenas y de la actitud ateniense hacia Persia²⁵. Un factor importante fue la expedición que llevaron a cabo los aliados contra los persas en Chipre y Egipto (451). Ésta tuvo, al parecer, un efecto catalizador: su éxito, unido a la muerte de Cimón, principal partidario de operaciones activas

contra los persas, pudo llevar a los atenienses a prestar una atención incluso mayor a las relaciones con sus aliados, y más aún cuando éstos habían cuestionado ya la necesidad de mantener una alianza contra los persas a causa del éxito de la expedición de Cimón. Se ha visto un indicio de su inquietud en relación con el pago del phoros anual (tributo) que debían satisfacer. No existen datos que prueben que se pagó en el año 449/8, en tanto que en el 448/7 algunos aliados no pagaron y otros sólo lo hicieron en parte. Parece que los pagos se recuperaron en el 447/6, después de que los atenienses tomaran severas medidas en las relaciones con sus "aliados"²⁶. Esta agitación se comprendería mucho mejor si fuera cierto que los atenienses concertaron en el 450/49 un acuerdo de paz con Persia en el que quedaban reconocidas sus respectivas esferas de influencia. Lo cierto es que, aun cuando no se concertara ninguna paz formal, los atenienses, según parece, no reanudaron las operaciones contra los persas²⁷.

Puede que los atenienses se sobreestimaran a sí mismos, pero su fuerza, desde luego, no podía subestimarse, y menos si optaban por concentrar sus energías en Grecia y en el Egeo. Por otra parte, en el 454 el tesoro de la Liga Délica había sido trasladado desde el templo de Apolo en Delos al templo de Atenea en Atenas. En los primeros años de la década de los 440 se suscitó una agria controversia en relación con el uso que debía hacerse de un fondo financiero que era muy grande (probablemente unos nueve mil setecientos talentos en el 447)²⁸. La mera existencia de estos enormes recursos financieros en Atenas hizo que la Asamblea ateniense dependiera menos de los aliados, pero también la liberó bastante del control de las clases superiores atenienses, al pasar a depender menos de los recursos financieros de esta clase social bien fueran para conceder beneficios al Demo, bien para financiar actividades bélicas. El Demo pudo sentirse más independiente de las clases propietarias. Esta enorme reserva de dinero se utilizó en un primer momento de forma espectacular para construir el Partenón, que se comenzó en el 447, pero también se podía recurrir a ella para sostener el poder de Atenas²⁹.

En cuestión de unas pocas décadas la situación de Atenas se había transformado radicalmente. Un factor vital en esta transformación fue el desarrollo del poder naval, mérito que hay que atribuir en buena medida al dirigente ateniense cuya clarividencia, buen juicio y habilidad para exponer un asunto fueron tan admirados por el historiador Tucídides. A finales de la década de los años 480, Temístocles había persuadido a los atenienses de que usaran las ganancias de ricos yacimientos de plata que se encontraron en el sudeste del Ática para construir unas 100 trirremes (barcos de guerra), más modernas y rápidas que las pentecóntoros (galeras provistas de 50 remos), multiplicando, de este modo, por más de dos el tamaño de la flota ateniense³⁰. En el 480 los atenienses habían evacuado el Ática antes de que el ejército invasor de Jerjes llegase, de acuerdo con un oráculo que les apremiaba a buscar la salvación en su "muralla de madera". La decisión de aceptar la interpretación de Temístocles y de otros atenienses en contra de los criterios de los intérpretes "profesionales" y de depositar la confianza en las trirremes fue todo un símbolo. En las dos décadas siguientes la flora y la movilidad de fuerza que proporcionaba permitió que Atenas extendiera su influencia a través de todo el mar Egeo³¹. Debe añadirse que los puertos de El Pireo fueron vitales para la flota. Durante el siglo VI la bahía abierta del Paletón había constituido el centro marítimo de Atenas, pero durante su arcontado en el 493/2, Temístocles había iniciado la fortificación de El Pireo y en los primeros años de la década de los 470 persuadió a los atenienses de que completaran las murallas de aquél. Consciente de las posibilidades que ofrecían sus tres puertos naturales sostenía la idea de que los atenienses accedieran a una buena situación para

adquirir poder si llegaban a ser un pueblo mariner. Según Tucídides, fue el primero que dijo a los atenienses que “se adhieran al mar”. Al convertir El Pireo en un puerto fácilmente defendible, Temístocles pudo dar prioridad absoluta a la flota. En opinión de Tucídides, Temístocles desempeñó un papel clave en el establecimiento de las bases del Imperio del siglo V. Para Temístocles El Pireo era un lugar más importante que la propia ciudad de Atenas: argüía que si alguna vez los atenienses llegaban a verse intensamente acosados por tierra, debían bajar a El Pireo y resistir a todos sus enemigos con la flota³².

Sin duda el Ática podía ser todavía vulnerable a una invasión; por ejemplo, a la invasión de los hoplitas peloponesios dirigidos por Esparta, como ocurrió en el 506, o como la que se anunció a mediados de la década de los 460, cuando los tasio solicitaron ayuda en su revuelta contra Atenas. Sin embargo, la inesperada alianza en el 461/0 con sus vecinos del oeste, los megarenses, ofreció la seria posibilidad de que los atenienses pudieran prevenir una invasión directa desde el Peloponeso, aunque la derrota de su ejército en Tanagra, cerca de la Frontera ático-beocia, a manos de los peloponesios en el 457, iba a servir como recordatorio de las limitaciones del poder ateniense en tierra y de la vulnerabilidad del Ática³³. Asimismo, hacia el 457 los atenienses estaban llevando a cabo un plan para salvaguardar a la ciudad de Atenas de uno de los métodos más habituales de la guerra del siglo V: el asedio de una ciudad y el corte de los suministros alimentarios para forzar su rendición. El plan consistía en los “Muros Largos” que unían la Acrópolis y el área urbana con El Pireo y su fuerza naval. Estas murallas, que unían la ciudad fortificada con el puerto de El Pireo y la bahía de Falerón, permitían a los atenienses, incluso en caso de una invasión enemiga, abastecer a la ciudad de alimentos y otros artículos de primera necesidad traídos por mar³⁴. La armada se convirtió en el factor decisivo. Y no sólo por esta razón se la consideró como el símbolo del poder y de la democracia atenienses³⁵.

1.3. Cambios socioeconómicos ca. 480-ca. 450

Los cambios que se operaron en la vida social y económica de los atenienses de la primera mitad del siglo V fueron paralelos a la transformación del papel de Atenas en el mundo del Egeo, y en muchos aspectos estuvieron muy conectados con él; estos cambios probablemente se aceleraron en las décadas de los 440 y los 430, cuando los recursos dejaron de emplearse en las operaciones anti-persas y pasaron a invertirse en obras públicas tanto en Atenas como en el Ática. Por ejemplo, en la generación posterior a la invasión de Jerjes parece que la población del Ática comenzó a aumentar de forma considerable. No disponemos de cifras precisas, pero es muy posible que entre el 480 y el 431 la población total del Ática se duplicara. Existe un acuerdo general acerca de que los incrementos más importantes se dieron en el número de metecos (extranjeros residentes de forma permanente en el Ática, de los que se puede conjeturar con bastante verosimilitud un número quizá entre treinta y cuarenta mil en el 431) y de esclavos (quizá cien mil en un cálculo bastante razonable). Atenas, ofrecía oportunidades que otros griegos habían advertido ya desde principios del siglo VI, y para mediados del siglo V estaban empezando a acudir allí masivamente. Por otra parte, los prisioneros capturados en las operaciones de la Liga Délica, así como el comercio de venta de esclavos en el lucrativo mercado ateniense propiciaron el empleo cada vez mayor de mano de obra esclava, al tiempo que eran su reflejo. Los atenienses, esto es, hombres, mujeres y niños pertenecientes a la clase ciudadana, podían ascender a unos ciento veinte mil en el 480, y entre

ciento sesenta y ciento setenta mil en el 431. El número de atenienses varones adultos en el 480 quizá se acercara a treinta mil y para el 431 probablemente era como poco de cuarenta mil. Estas cantidades son estimaciones modernas basadas en datos muy limitados, pero pueden aceptarse como tendencia general, a pesar de que sea imposible determinar las tasas de crecimiento de los distintos sectores que componían la población entre el 480 y el 481³⁶.

No obstante, los movimientos de población no se dieron en una sola dirección. Ya a mediados los años 470 se enviaron colonos atenienses a Esciros para reemplazar a los habitantes que se habían arrojado a la piratería. A mediados de los años 460 colonos atenienses intentaron asentarse a orillas del Estrimón, en el emplazamiento de la futura Anfípolis (fundada en el 437 por colonos de Atenas y sus aliados). A finales de la década de los 450 y en los 440 muchos atenienses marcharon al extranjero, sin perder por ello la ciudadanía, en calidad de clerucos, o por así decir, en calidad de colonos-soldados con el fin de asegurar la lealtad de la zona y su adhesión a Atenas.

Algunos fueron al Quersoneso tracio, en la entrada sur a la Propóntide y al mar Negro. No era ésta una nueva área de intereses para los atenienses, porque ya a mediados del siglo VI algunos atenienses como los filedas, por iniciativa propia o vivamente alentados por Pisístrato, habían dejado Atenas y se habían asentado en esta área (conocida actualmente como península de Gallípoli). Otros clerucos de mediados del siglo V marcharon a las islas de Andros y Naxos, y, en Eubea, probablemente a las ciudades de Caristo, Calcis y Eretria, así como a Hestia, a cuyos habitantes se trasladó en el 446, estableciéndose un asentamiento ateniense conocido como Oreó³⁷. Durante este proceso no pocos atenienses debieron de ascender en su estatus, pasando de la clase de los thetes a la clase de los zeugitai, ya que cada cleruco (dueño de una parcela) recibía un determinado terreno (kleros). No obstante, del mismo modo que lo hizo en las cleruquías organizadas por el Estado, el espíritu emprendedor de Atenas operó también a nivel individual. Los mercaderes atenienses, que en la década de los años 460 comerciaban en la zona tracia y estaban usurpando los intereses comerciales tacios, fueron los sucesores en cierto sentido de hombres como Pisístrato, que a mediados del siglo VI habían explotado los recursos minerales de esa zona. La larga tradición de este espíritu emprendedor de Atenas en ultramar puede ejemplificarse también con la producción de cerámica artística más allá de las necesidades del mercado local y su exportación a zonas enormemente distantes entre sí, desde el mar Negro hasta Italia y Sicilia.

Otra actividad no agraria contribuyó a la recuperación de Atenas después de la devastación causada por los invasores persas. En torno al 483 se habían descubierto en Laurión, al sudeste del Ática, nuevos e importantes filones de plata: el producto de estos hallazgos, como hemos visto, se dedicó a la ampliación de la armada. En las décadas siguientes las minas se explotaron de forma intensiva, proporcionando los medios básicos con los que adquirir artículos de importación y destinándose especialmente a la producción de "lechuzas" áticas, las monedas que representaban los emblemas nacionales de Atenea y su lechuza, y que tuvieron una amplia aceptación y que más tarde, con las medidas impuestas por la polis ateniense, se usaron en todas las zonas del Egeo e incluso más allá de este ámbito³⁸. Por otra parte, muchos atenienses tomaron parte en las expediciones de la Liga Délica, especialmente porque los aliados mostraron tendencia a conmutar su servicio personal en la Liga por contribuciones en dinero, dejando en manos de los atenienses la aportación de barcos y hombres. Como consecuencia, los atenienses dispusieron del dinero procedente de las contribuciones de los aliados, sirvieron en las fuerzas expedicionarias y, de este modo, se

convirtieron con el tiempo en los dueños de aquellos que les pagaban, ya que la falta de medios de los aliados y su inexperiencia en asuntos bélicos hacían que sus rebeliones les resultaran difíciles y peligrosas. Al mismo tiempo, los atenienses obtenían la mayor parte de sus recursos de las grandes cantidades de botín ganado en las operaciones contra los persas: por ejemplo, el botín de la victoria de Eurimedonte, en los primeros años de la década de los 460, se destinó a varios proyectos, entre ellos la construcción de una nueva muralla al sur de la Acrópolis³⁹. Atenas, y más en concreto El Pireo, atrajeron asimismo una proporción creciente del tráfico y comercio del Egeo (y más allá). Los seguros puertos de El Pireo, con sus mejoras en los servicios portuarios, tanto para la navegación comercial como para la militar, proporcionaron la base de este progreso y también de la explosión demográfica de El Pireo. Este llegó a ser tan importante para los atenienses que en el 457 se completaron —como hemos dicho— los Muros Largos que unían sus fortificaciones con las de la ciudad. Un indicio del florecimiento y de la prosperidad de El Pireo puede verse en los planes urbanísticos de Hipodamo en torno a mediados del siglo V⁴⁰.

Así pues, en el transcurso de una generación los atenienses no sólo habían alcanzado un gran éxito en su calidad de dirigentes de las operaciones antipersas, sino que también supieron beneficiarse de transformaciones económicas de gran trascendencia. Sus operaciones militares, ya fueran en Esciros o en Tasos, ya en el Quersoneso tracio o en cualquier otra parte, favorecieron en mayor o menor medida sus intereses. Su poder naval y sus intereses comerciales simbolizados por El Pireo tuvieron considerables consecuencias geopolíticas⁴¹, pero fueron también factores importantes en la sociedad ateniense. Los beneficios derivados de la jefatura que Atenas ejercía sobre lo que en los años 450 estaba convirtiéndose en un Imperio dominado por los intereses atenienses incluían el cobro de tributos y la obtención de botín, un incremento de la actividad económica, siendo parte importante la construcción de barcos y otros sectores relacionados con ella, e ingresos internos en forma de derechos portuarios, concesiones y derechos sobre explotaciones mineras, y otras fuentes de ingresos. Estos ingresos interiores ascendieron a finales de los años 430 a unos 400 talentos anuales, de un total de los ingresos que no eran inferiores a 1000 talentos⁴².

La disponibilidad de estos diferentes ingresos fue un factor importante en la aparición y conservación de la democracia original. Bajo ellas subyace la expansión del poder naval ateniense y el desarrollo de El Pireo. Los Muros Largos fueron sumamente emblemáticos. Gracias a ellos para algunos El Pireo “se vio fundido con la ciudad”, pero otros entendieron más bien que los Muros Largos ataban la ciudad a El Pireo y la tierra al mar⁴³. Los autores antiguos percibieron cierto vínculo entre el poder político y salvaguardaban la seguridad militar del Estado, y relacionaron el poder naval de Atenas con el creciente poder político de los remeros⁴⁴. Sin embargo, Corinto, que desarrolló su poder naval en los siglos VII y VI, permaneció dentro de un sistema político de corte oligárquico hasta que fue sometida por Argos durante un breve período (392-386). Una diferencia importante fue el marco democrático instaurado por Clístenes.

Aristóteles observó en la segunda mitad del siglo IV que los habitantes de El Pireo eran más demócratas que los de la ciudad. Puede aventurarse que el rápido desarrollo de El Pireo fue un factor decisivo en el crecimiento de actitudes democráticas, ya que esta nueva concentración de gentes suscitaba un sentimiento de necesidad de hacer valer su poder político así como de que esto era posible⁴⁵. Después de todo, El Pireo se encontraba sólo a unos 7 km de Atenas. Teniendo

en cuenta sólo la distancia, a los habitantes de El Pireo les habría resultado además más fácil participar en las actividades políticas de la ciudad de Atenas que, por ejemplo, a los granjeros o a los carboneros del más populoso de los demos, Acarnas, que se encontraba a más de 10 km al norte del Ágora, o que a los habitantes de Eleusis, que vivían a unos 20 km al oesnoroeste y tenían que atravesar el monte Egáleo. Los miembros del demo de Maratón, que vivían en la vertiente más lejana del monte Pentélico (o Brilesos, como se le conocía en la Antigüedad), con sus canteras de mármol, tenían que emplear seis horas o más a paso vivo para alcanzar la ciudad⁴⁶. De este modo, si bien el Ática es en cierta manera reducida, con una superficie total de 2.000 km² y con la parte más lejana respecto a Atenas dentro de un radio de 50 km, sin embargo, en la práctica, gran parte de la población se encontraba dispersa y algunas poblaciones a distancia considerable, por lo que su capacidad real de participar en la vida de la polis se veía disminuida.

El cambio progresivo hacia actividades no agrarias fue un factor importante en la evolución de Atenas. Hasta cierto punto el interés por estas actividades pudo verse intensificado a raíz de la devastación de los campos del Ática en el 480, durante la invasión persa, particularmente en el caso de la explotación del olivo y de la viticultura. De todas formas, las cepas debieron echar retoños en la primavera siguiente, e incluso los olivos que habían sido objeto de “destrucción”, pudieron producir de nuevo siete años después: no deben exagerarse, por tanto, el alcance y las consecuencias de la devastación⁴⁷. Aparte de los árboles y de la viticultura, la agricultura no descansaba en el uso intensivo de capital y pudo recuperarse rápidamente. A mediados del siglo V la mayoría de los ciudadanos atenienses vivían todavía en las áreas rurales. La base de la sociedad y de la riqueza atenienses continuaba siendo agraria. Esto no quiere decir que el Ática fuese autosuficiente: en realidad, según parece, a mediados del siglo V, cuando la población iba en aumento, se importaban considerables cantidades de grano⁴⁸. Los granjeros vivían en numerosos villorrios dispersos por todo el territorio, algunos de ellos muy populosos, pero muchos de los que vivían en la ciudad marchaban a trabajar fincas próximas a ella⁴⁹. Pocos datos llevan a pensar que existieran grandes fundos. Las fincas mayores que se conocen parecen haber tenido una superficie de unas 28 hectáreas, en tanto que la parcela de un zeugita se estima que venía a tener del orden de 3,5 a 5,5 hectáreas, y la parcela media de aquellos thetes que poseían tierra estaría, posiblemente, por debajo de las dos hectáreas. La labranza de subsistencia se hallaba probablemente muy difundida⁵⁰.

1.4. Sensibilidad y seguridad de los atenienses en los años 450: demokratia

Sin embargo, a cualquier visitante de Atenas, tanto la ciudad como El Pireo debían parecerle lugares en plena expansión y prosperidad. Uno de ellos, a mediados del siglo V, fue Heródoto, a la sazón de unos treinta años, exiliado de su ciudad natal, Halicarnaso. Víctima del exilio a causa de un tirano, convenía con los atenienses en conceder gran importancia a la libertad y en particular a librar a los atenienses de la tiranía, así como a admitir los efectos vigorizantes de la libertad. La experiencia ateniense demostraba de forma concluyente, según Heródoto:

que isegoria [en este contexto, “libertad”] es un preciado bien. Porque... al desembarazarse de sus tiranos, alcanzaron una clara superioridad. Este hecho demuestra, pues, que, cuando eran víctimas de la opresión, se mostraban deliberadamente remisos por considerar que sus esfuerzos

redundaban en beneficio de un amo. Mientras que, una vez libres, cada cual, mirando por sus intereses, ponía de su parte el máximo empeño en la consecución de los objetivos⁵¹.

Agradable también para los oídos atenienses fue la adhesión de Heródoto a la idea de que:

Si se afirmase que los atenienses fueron los salvadores de Grecia [de que ésta quedara sometida a Jerjes] no se faltaría a la verdad, pues de las dos alternativas existentes, la balanza debía inclinarse por la que ellos hubiesen adoptado... Ni siquiera los terribles oráculos de Delfos los indujeron a abandonar Grecia, sino que permanecieron en su patria y se atrevieron a resistir al invasor de su territorio⁵².

Maratón, Salamina y sus experiencias en las dos últimas generaciones habían desarrollado en los atenienses de mediados del siglo V un cierto orgullo, la creencia de que no sólo eran superiores a los persas, sino también a otros griegos. Una manifestación de este sentimiento fue el mito de la autoctonía ateniense. Sin ninguna base real, los atenienses alimentaron la creencia de ser un pueblo autóctono, un pueblo que había ocupado desde siempre el Ática y que no había desposeído de sus tierras, como habían hecho tantos otros griegos —incluso rodos— a sus primeros ocupantes: eran "autéctonos y libres", tal como afirmaría Licurgo en el 330 en su "Discurso sobre el patriotismo". O, con palabras de un discurso fúnebre de principios del siglo IV:

Había, en efecto, muchas razones para que nuestros predecesores lucharan con criterio unánime en defensa de la justicia. Ante todo, los principios de su vida fueron también justos; pues no eran, como los más de los pueblos, un grupo de gentes de toda procedencia que hubiese ocupado un país ajeno después de expulsar de él a otros, sino que, siendo autóctonos, una misma tierra fue para ellos madre y patria. Y también fueron los primeros, y los únicos en aquel tiempo, que derrocaron las monarquías que entre ellos se daban para instaurar la democracia, persuadidos de que no hay mayor concordia que la libertad de todos⁵³.

Otra manifestación del orgullo o sentimiento de superioridad ateniense era la seguridad con que permitían un fácil acceso a su polis y ellos mismos hacían hincapié en el carácter abierto de su sociedad y su actitud hospitalaria hacia los extranjeros. El aumento de la población meteca que ya hemos apuntado corrobora esta idea. No obstante, estos sentimientos de orgullo también pudieron llevarlos a imponer restricciones en la concesión de ciudadanía, toda vez que se podía argumentar que era precisamente ese carácter de polis exclusivista y de pequeñas proporciones lo que permitió que Atenas llegara a ser una democracia directa⁵⁴.

Donde mejor y más claramente quedó reflejado este sentimiento de seguridad fue en la voluntad que mostraron los atenienses de ser innovadores en la conducción de sus asuntos públicos. Porque el orgullo y la confianza no quedaron confinados en un grupo reducido de dirigentes atenienses sino que en los hombres de Maratón y en los marineros de Salamina y en sus hijos —esto es, en el pueblo ateniense en general— existían una conciencia política y un sentimiento de poder crecientes. Las medidas políticas adoptadas por Clístenes ofrecieron algunas oportunidades a los atenienses que no eran poderosos ni ricos, y no sólo en los demos y en las reuniones del demo, sino también en el nuevo Consejo de los Quinientos. La cuarta clase censitaria estaba excluida de las deliberaciones de esta institución, pero hay que suponer que todos los hoplitas

eran igualmente libres de poder expresar sus opiniones. En el transcurso de las décadas siguientes, cuando grupos cada vez más numerosos de ciudadanos fueron ganando experiencia y confianza para hablar en la Boulé, es posible que aquéllos —y quizá otros también— se animaran a hablar en la Asamblea, en vez de dejarlo en manos de los funcionarios o de los miembros de familias con viejos títulos para la dirección política. Ya se estableciese por costumbre, ya se introdujese como un derecho legal en la Asamblea allá por la época de las reformas de Efialtes o un poco más tarde, el derecho universal de hablar en la Asamblea (isegoria) era ya patrimonio de todos los ciudadanos en la segunda mitad del siglo V⁵⁵. Los ciudadanos constituían un grupo pequeño y exclusivista, y sólo los que fueran varones adultos, que quizás sumasen unos 35.000 hacia el año 450, gozaban de derechos políticos; en la polis ateniense.

Estos ciudadanos formaban en un sentido político el Demo, el pueblo ateniense. Sin embargo, en la palabra demos existía, lo mismo que en la palabra “pueblo”, una cierta ambigüedad. En un sentido teórico hacía referencia a todo el cuerpo de ciudadanos atenienses o, en particular, a la Ecclesia o Asamblea, a la que tenían derecho a asistir todos los ciudadanos varones adultos. Por ejemplo, las proposiciones aceptadas por la Ecclesia quedaban designadas mediante fórmulas del tipo: “se resolvió por la Boulé y el Demo” o “se resolvió (o votó) por el Demo”, en tanto que algunos decretos atenienses se refieren específicamente a la presentación de embajadores extranjeros “ante el Demo en la primera reunión de la Ecclesia”⁵⁶.

Sin embargo, para algunos atenienses, aun cuando teóricamente demos hacía referencia a todo el cuerpo de ciudadanos, podría entenderse en el sentido de “el pueblo común” o “las masas”, toda vez que el pueblo lo formaba la mayoría y hoi polloi (“los muchos” o “la mayoría”) podían imponer sus deseos mediante una votación en la Asamblea. Para aquellos individuos que con frecuencia se referían a sí mismos como “los mejores” (beltious), “los óptimos” (beltistoi, aristoi) “de buena cuna y abolengo” (eugeneis, gennaioi), “los notables” (gno-rimoi), o “los buenos” (o “útiles”) (khrestoi), demás, hasta en un contexto teórico, podía perfectamente tener una connotación peyorativa. En contextos no teóricos el Demo podía aún más fácilmente ser sinónimo de términos como “la turba” (okhlos) o ser equivalente a “los pobres” (penetes) o a “los peores” (kheirous), o a “los bribones” (o “vulgares”) (poneroi), o a “los inferiores” (o “el pueblo común y llano”) (phauloi), “pueblo común” (denotikoi), en contraste con “los ricos” (plousioi, euporoi), “los poderosos” (dynatoi), o “los honrados y veraces”, “los caballeros” (kaloikagathoi). Si bien la línea divisoria puede tragarse a varios niveles, demos podía tener, y de hecho lo tuvo, el sentido de pueblo común o de las clases más bajas (y no pocas veces con una alta fuerza emotiva) y no sólo el sentido de “pueblo entero”⁵⁷.

En el transcurso de los siglos V y IV este término cambió de significado y de sentido a los ojos de ciertos sectores de la sociedad ateniense. Por ejemplo, hacia finales del siglo V, demos podía usarse probablemente con cada vez mayor frecuencia en el sentido de los ciudadanos más pobres. Sin embargo, aquellos que fueron dirigentes políticos en los siglos VI y V pudieron designarse todavía como prostatai teu demou (“paladines o conductores del demos”) indicándose con el término demos al “pueblo” en su sentido más amplio. Por otra parte, el autor de la Athenaion Politeia o Constitución de Atenas (escrita a mediados de la década de los 320), al trazar una línea divisoria entre “el pueblo común” y “los notables”, reflejaba las contiendas políticas del siglo VI y de principios del siglo V en términos polarizados, es decir, como un conflicto entre los gnerimoi o los euporoi y el dimos, y definió a Solón, Clístenes, Jantipo, Temístocles, Efialtes y Pericles como prostatai teu demou, llamando en

cambio a Milcíades, Aristides y Cimón dirigentes de los *gnorimoi*⁵⁸.

Tampoco el término *demokratia* (el gobierno o poder del Demo) estuvo falto de ambigüedad o tuvo un significado estable. La noción básica del Demo que ejerce su poder soberano (*kratos*) mediante su voto puede discernirse en las suplicantes de Esquilo, representada hacia el 463. Las exigencias del marco mítico y de la obra apenas podrían permitir que Pelasgo, el rey de Argos, rechazara de forma concreta y abierta la afirmación del coro en el sentido de que él tiene el poder absoluto; pero cuando más adelante Dánao cuenta que el aire se llenó de manos alzadas cuando los pelasgos, en una asamblea plenaria, resolvieron dar asilo a las danaidas, la realidad (anacrónica) era obvia, la escena debió de ser reconocida inmediatamente por el público ateniense que asistía a la obra de Esquilo. El contenido de la obra da apoyo a los procedimientos democráticos y a la necesidad y conveniencia de que todos los ciudadanos se vean implicados en las resoluciones políticas. Fue probablemente en esta década o en la siguiente cuando se acuñó el término *demokratia*. La primera utilización de que se tiene constancia se debe a Heródoto, quien compuso su obra en el tercer cuarto del siglo V⁵⁹. En tanto que el término *demokratia* parece haberse utilizado sobre todo en un sentido descriptivo o neutro, sus partidarios parecen haber tenido la sensación de que, particularmente entre “los mejores”, había quien desaprobaba el término y lo que éste representaba. Con frecuencia se describe a los partidarios de la *demokratia* como gente que la presenta en público como sinónimo de “igualdad” de todos los ciudadanos, y especialmente como *isonomia*. Es posible que, en parte, estuvieran contrarrestando, como lo hizo Atenágoras en Siracusa en el 415, la idea de que democracia significaba la dominación por parte del pueblo común. La *isonomia* era el principio de la igualdad política y llevaba aparejado lo que con frecuencia se llama “igualdad ante la ley” (es decir, gobernantes y gobernados están vinculados por igual a la ley) e “igualdad mediante la ley” (es decir, tanto gobernantes como gobernados tienen la misma oportunidad de gobernar, lo que incluye el derecho de voto, a ejercer una función pública y a participar en la Asamblea y en los Tribunales)⁶⁰. De un modo parecido, los partidarios de la oligarquía la defendían en términos del poder de “los mejores” (*aristoi*). No obstante, el descrédito y desprestigio de la oligarquía/*aristokratia* que acarreó la conducta mantenida por los regímenes oligarcas del 411 y del 404/3 y la restauración de la democracia en el 403 hicieron que la *demokratia* (que los oligarcas habían reconocido o aparentado reconocer ya para el 411 como un sistema de gobierno aceptable) se constituyera como única forma practicable de gobierno en Atenas durante las siguientes décadas. De este modo, incluso el ultraconservador Isócrates, que escribió a mediados del siglo IV, admitió la democracia como la forma aceptable de gobierno, aunque la concepción que tenía de ella fuera claramente soloniana, con un Demo que debe tener sus derechos, pero no más⁶¹.

1.5. Características de la democracia ateniense ca. 450

Demos y sus derivados no fueron los únicos términos usados para describir la situación política de Atenas. Por ejemplo, parece ser que *plethos* fue virtual sinónimo de *demos*, con el valor en muchos contextos de “las masas” o “la multitud”, y en algunos otros de “el cuerpo de ciudadanos” o “la Asamblea”⁶². De esta forma, el gobierno o soberanía del pueblo podía describirse como el “*demos* en el ejercicio del gobierno”, o como el “*plethos* en el ejercicio del gobierno”. En el célebre debate acerca de los méritos y defectos de la democracia, la oligarquía y la monarquía, Heródoto

utiliza ambas expresiones. Este debate, aunque atribuido a dirigentes persas, se proyectaba dentro de un sistema de ideas inequívocamente griegas, y aunque no se hace en él ninguna referencia específica a ninguna polis griega, el análisis de Heródoto es particularmente interesante ya que vivió bastante tiempo en Atenas y llegó a conocer perfectamente la ciudad, y porque —como ya hemos apuntado— compuso su obra en el tercer cuarto del siglo V. El historiador afirmaba que el gobierno de la multitud o pueblo (plethos) tenía el nombre más justo de todos —isonomía— y escogía tres rasgos característicos para distinguirla del gobierno monárquico, a saber: la selección de cargos públicos por sorteo, la responsabilidad de los cargos públicos y la toma de decisiones por parte de la Asamblea del pueblo⁶³.

El recurso al sorteo acababa con las pretensiones tanto del sistema monárquico como del aristocrático. Implicaba que todos los ciudadanos gozaban de igual derecho a la hora de ejercer un cargo público y que eran capaces de servir a la polis al desempeñarlo, aunque debe añadirse que cuando, probablemente en el 458/7, los atenienses ampliaron la posibilidad de ser elegidos para los nueve arcontados a sectores sociales más amplios que las dos clases censitarias más altas, no se admitió a los thetes, sino tan sólo a los zeugitai⁶⁴. A partir del 487 la mayoría de los cargos públicos atenienses se elegían mediante sorteo y no por medio de votación. Las excepciones más notables fueron los cargos militares, especialmente los estrategos, que eran en su origen los comandantes de los diez regimientos tribales. Estos “generales” eran los responsables de la seguridad militar de la polis ateniense y dirigían no sólo campañas terrestres, sino también operaciones navales o mixtas, operaciones éstas que fueron cobrando cada vez más importancia con el desarrollo de la Liga Délica⁶⁵. Los miembros de la Boulé también se seleccionaban mediante sorteo. El sistema implicaba asimismo que un particular no podía especular con el grado de apoyo de que podía gozar entre sus conciudadanos por el hecho de ser nombrado funcionario o miembro de la Boulé⁶⁶. Por consiguiente, el sorteo era un elemento importante para limitar las posibilidades de que surgiesen funcionarios del Estado poderosos o de algún influyente grupo de consejeros que pudieran cuestionar la soberanía del Demo. Esto fue de extraordinaria importancia en una sociedad que se caracterizaba más por un fuerte talante competitivo que por valores de solidaridad. La actitud de los aristócratas atenienses encajaba dentro del concepto griego de arete (virtud), que implicaba que el individuo debía esforzarse por encima de todo para vencer, para sobresalir, bien en la guerra, en las competiciones atléticas o en la vida pública. El sorteo alejaba en buena parte a la función electoral de rivalidades y animadversiones, aunque en algunos casos las intensificó, ya que los atenienses dejaron de utilizarlo radicalmente para seleccionar los cargos militares más importantes. Con todo, entre los distintos mecanismos de la democracia ateniense, el uso del sorteo desempeñó un papel esencial en la tarea de limitar las ventajas derivadas de la importancia social y de la riqueza, así como en la de debilitar la influencia de las viejas familias aristocráticas en el siglo V⁶⁷, ya que perturbó las relaciones que se basaban en la kharis —la obligación permanente de mostrar una gratitud expresa por los beneficios recibidos— y contribuyó a privar a los dispensadores de beneficios o protección de un importante medio de conseguir ganancias y ventajas políticas. Se limitó hasta cierto punto el importante recurso de “ayudar a los amigos”⁶⁸.

A diferencia del rey, que no era responsable ante nadie, en Atenas cualquier cargo público, bien fuera seleccionado por sorteo o por votación, tenía que responder ante el pueblo. La “responsabilidad” de los cargos públicos estaba sujeta al requisito de tenerse que someter a un examen en relación con sus actos de poder y a una investigación respecto a sus actividades

económicas al término de su desempeño. Por otra parte, estos procesos eran llevados por funcionarios nombrados por el Demo, y no por el Consejo del Areópago, que anteriormente había ejercido cierta supervisión sobre los funcionarios. Parece ser que este traspaso de funciones se produjo en el 462/1 gracias a las reformas de Efialtes, unas reformas que suscitaron fuertes simpatías y antipatías. Se dejó al Areópago la jurisdicción de ciertos casos de homicidio, atentados contra el honor y agresiones físicas, envenenamiento, delitos de incendio y ciertas afrentas a la religión, en tanto que se fortalecía la autoridad y los poderes de la Asamblea, de los tribunales populares y de la Boulé. En la Atenas arcaica el Consejo del Areópago había tenido una autoridad supervisora mucho más amplia, pero ahora se le consideraba como un símbolo del ethos aristocrático, ya que sus miembros eran un grupo selecto (aquellos que antes habían servido como arcontes) y conservaban su cargo de forma vitalicia. Además, sus decisiones eran inapelables. Por consiguiente, en la esfera política el Areópago representaba ya una anomalía, porque en ningún sentido era responsable ante el Demo ni provenía sus representantes del pueblo en sentido amplio⁶⁹.

Gracias a estos sistemas de control el principio de la responsabilidad de los cargos públicos ante el Demo quedó asegurado en la realidad ateniense ya para mediados del siglo V. Debe añadirse que un cargo público podía ser destituido en cualquier momento por una decisión de la Asamblea y que su poder estaba limitado por otros medios⁷⁰.

El tercer rasgo característico señalado por Heródoto era la tonta de decisiones por parte de la Asamblea del pueblo, esto es, por parte de la mayoría de los ciudadanos que asistían a la Asamblea. La Ecclesia ateniense decidía sobre una amplia gama de asuntos, desde los más altos de Estado a los más insignificantes detalles administrativos. Estaba abierta a todos los varones adultos que fueran ciudadanos de nacimiento: el miembro de la Asamblea no necesitaba poseer una determinada propiedad, tal como ocurría en los estados oligárquicos. El Demo, encarnado en la Asamblea, era el único sujeto de la soberanía o el poder (kratos)⁷¹.

Resumiendo, para mediados del siglo V los tres rasgos señalados por el historiador contemporáneo Heródoto como distintivos del poder del pueblo estaban ya incorporados a la estructura política ateniense. De entre los demás rasgos propios de la democracia ateniense debemos poner de relieve aquí dos que tienen una importancia especial a la hora de intentar comprender esta época de mediados del siglo V. En primer lugar, la evolución de los Tribunales populares de justicia, que se ocupaban de todos los asuntos judiciales excepto del homicidio con premeditación y algunos otros casos, que eran competencia del Consejo del Areópago. Ya Solón a principios del siglo VI había instaurado el derecho de apelar al pueblo contra las decisiones de los arcontes. Cuando el pueblo ateniense se reunía para oír estas apelaciones, se le daba el nombre de heliaia. En los diez o veinte años anteriores a 462/1 puede que las apelaciones contra las decisiones de los arcontes se hicieran más frecuentes y que éstos tendieran a convencerse de que los asuntos debían aclararse judicialmente, pasando los casos a la Heliaia. Fuera o no una práctica común, este procedimiento se hizo obligatorio probablemente gracias a una ley promulgada por Efialtes en el 462/1⁷². De este modo, ya para mediados del siglo V la resolución de casi todas las cuestiones judiciales había dejado de estar en manos de los funcionarios o de un grupo reducido, como era el caso del Consejo de los Ancianos (Gerousia) en Esparta, para pasar a las del Demo en general. La Heliaia se había convertido en un tribunal de primera instancia. Por entonces los atenienses también habían adoptado la práctica de seleccionar por sorteo cada año a

6.000 ciudadanos para que ejercieran de heliastas y de dividir esta enorme masa de gente en distintos jurados (*dikasteria*)⁷³. Además debe señalarse que los dicastas (o heliastas, ya que el término de *Heliaia* no dejó de usarse en el lenguaje coloquial) realizaban sus votaciones mediante voto secreto, y no a mano alzada, como era habitual en la Asamblea⁷⁴.

El otro rasgo característico —la paga del Estado por un servicio público— estaba estrechamente relacionado con la administración de justicia. En algún momento de la década de los 450, probablemente a finales de la misma, se introdujo la remuneración estatal por el desempeño de la tarea de jurado⁷⁵. Si los tribunales de justicia tenían que formarse con personas que debían trabajar para ganarse la vida, es lógico que a los dicastas se les ofreciera alguna recompensa, y más en un momento en el que los asuntos judiciales aumentaban de día en día con el desarrollo de Atenas y los intereses atenienses en ultramar. El importe de este salario era de dos óbolos diarios. Esta medida se atrajo las burlas de la clase propietaria: ésta denunció que tal medida hacía al pueblo holgazán, cobarde, gárrulo y codicioso, y que deterioraba los tribunales⁷⁶. Aunque en la introducción de esta paga del Estado, así como en otros muchos cambios que se operaron en la primera mitad del siglo V, no faltaron consideraciones de tipo ideológico, tales cambios deben entenderse en un contexto más amplio. En primer lugar, estaban las rivalidades políticas dentro de Atenas, y las cuestiones y personalidades mezclados en esas rivalidades, pues muchas de las transformaciones políticas fueron parte del reto que lanzaron hombres como Efiltes y Pericles a la influencia política de Cimón y de otros, y a sus programas políticos. En segundo lugar, hay que reconocer la decisiva influencia que ejercieron las exigencias de la política exterior y el impacto interno de estas exigencias, tal como hemos visto, en las transformaciones operadas en política interior durante las décadas posteriores a la derrota de Jerjes y a la formación de la Liga Délica⁷⁷. Por otra parte, como se desprende claramente del asunto de las cleruquías, las consideraciones de orden doméstico pudieron alentar opciones determinadas en política exterior. La interacción de todos estos elementos determinó el desarrollo de Atenas y de la democracia ateniense.

1.6. Participación de los ciudadanos en La polis ca. 450-322

El concepto de la soberanía del *Demo* (o soberanía de la mayoría) siguió considerándose fundamento de la democracia en los siglos V y IV, aunque algunos autores, o el mismo autor en contextos diferentes, podía asociar distintos rasgos característicos con este concepto principal. Comúnmente se consideraba que la libertad (*eleutheria*) era una característica fundamental de la democracia, y en esto Heródoto, lo mismo que sus contemporáneos de mediados del siglo V, convenía plenamente. Aristóteles, que escribió su *Política* entre los años 335 y 322, identificaba la soberanía de la mayoría y la libertad como los dos conceptos que se consideraban los rasgos definitorios de la democracia, y señalaba que el pueblo afirmaba que la libertad era el objetivo de toda democracia.

Una característica de la libertad es el ser gobernado y gobernar por turno, y, en efecto, la justicia democrática consiste en tener todos lo mismo numéricamente y no según los merecimientos, y siendo esto lo justo, forzosamente tiene que ser soberana la muchedumbre, y lo que apruebe la mayoría, eso tiene que ser el fin y lo justo, porque afirman que todos los ciudadanos deben tener lo mismo⁷⁸.

Pero también sostenía Aristóteles que otro rasgo de la libertad era “vivir como a uno se le antoje” o “realizar cualquier cosa que se desee”. Los críticos de la democracia se mostraron decididos a combatir este “desenfreno” al comprobar su existencia tanto en el contexto político como en el social⁷⁹.

Sobre la base de una libertad igualitaria, Aristóteles formuló una relación donde se examinan los rasgos que se pueden considerar democráticos:

(1) elección: el que todas las magistraturas sean elegidas entre todos; (2) gobierno: que todos manden sobre cada uno, y cada uno en su turno, sobre todos; (3) cargos: que las magistraturas se provean por sorteo, o todas o las que no requieran experiencia o habilidad especiales; (4) propiedad: que no se funden en ninguna propiedad, o en la menor posible; (5) que la misma persona no ejerza dos veces ninguna magistratura, o en pocos casos, o pocas magistraturas fuera de las relacionadas con la guerra; (6) que las magistraturas sean de corta duración, o todas o las más posibles; (7) que administren justicia todos los ciudadanos, elegidos entre todos, y acerca de todas las cuestiones o la mayoría de ellas, y de las más importantes y principales, por ejemplo la rendición de cuentas, la constitución y los contratos privados; (8) que la asamblea tenga soberanía sobre todas las cosas (o las más importantes), y los magistrados en cambio no tengan ninguna, o sobre las cuestiones menos importantes. La institución más democrática es el Consejo cuando no hay abundancia de recursos con que pagar a todos...; (9) pagar a los miembros de la Asamblea, los tribunales, el Consejo y las magistraturas, o por lo menos a los cargos de aquellas, magistraturas que requieran una mesa común. Además (10), como la oligarquía se define por el linaje, la riqueza y la educación, las notas de la democracia parecen ser las contrarias a éstas: la falta de nobleza, la pobreza y el trabajo manual. (11) Además ninguna magistratura democrática debe ser vitalicia, y si alguna sobrevive de un cambio antiguo, debe despojársela de su fuerza y hacerla sorteable en lugar de electiva⁸⁰.

No todos estos rasgos dominaban en la democracia ateniense de la segunda mitad del siglo V: por ejemplo, no se introdujo ningún tipo de honorarios por asistir a la Asamblea hasta la década de los 390. Con todo, en mayor o menor medida, la mayor parte de estos rasgos —y en particular la soberanía del Demo y el mismo derecho de todos los ciudadanos de participar en la Asamblea y en los tribunales de justicia— sí se dieron en la vida pública ateniense desde aproximadamente mediados del siglo V hasta la imposición de una constitución oligárquica (especialmente, de la posesión de un título de propiedad para adquirir la ciudadanía) instaurada por el macedonio Antípatro en el 322. Hubo dos intervalos oligárquicos, en el 411-410 (como resultado de las intrigas dentro de Atenas) y en el 404-403 (con la ayuda de los vencedores espartanos), pero a partir del 403 la democracia quedó asegurada hasta que dejó de ser posible en los años posteriores al 322, cuando Atenas perdió de modo efectivo su capacidad de actuar con independencia. Después del 322 hubo algunos períodos democráticos, pero la continuidad de la democracia empezó a depender clara y directamente de fuerzas externas e incluso en estos períodos parece que la resolución de los asuntos públicos estuvo en gran medida en manos de “los ricos”. Estos mismos rasgos y tendencias generales pueden percibirse en muchos otros aspectos de la vida pública ateniense a lo largo de todo el período comprendido desde aproximadamente el año 450 al 322, y por ello será éste el que abarcaremos en nuestro estudio sobre la democracia ateniense.

No obstante, también es cierto que en el año 403 y después de él se introdujeron algunos cambios fundamentales, como un procedimiento regular para la revisión de las leyes; así, en algunos aspectos de la vida pública —y no sólo en términos de instituciones, sino también en términos de ambiente político—, es conveniente considerar los siglos V y IV como dos siglos distintos⁸¹. De hecho, las diferencias que se dan en cada uno de estos dos períodos, unidas a los problemas que surgen del carácter y de la falta de uniformidad de los testimonios que han sobrevivido, suministran razones para dividir en varios períodos nuestro recorrido de ciento treinta años. Por ejemplo, sería posible hacer un análisis más definitivo de ciertos aspectos de las instituciones atenienses si el examen se ciñera a la década de los años 330 y principios de los 320, porque entonces se podría basar sobre todo en la descripción que nos ofrece la segunda parte de la *Athenaion Politeia* aristotélica, compuesta hacia mediados de los años 320. De este modo se solucionarían los problemas que suscita la extrapolación desde estas dos décadas a períodos anteriores, pero buena parte de los testimonios que poseemos acerca del funcionamiento de la democracia no podrían, por el mismo motivo, aplicarse con seguridad partiendo de los primeros períodos. Por otra parte, nos tendríamos que ceñir al período en el que la victoria de Filipo en Queronea (338) y sus consiguientes disposiciones acerca de los asuntos griegos habían restringido significativamente el poder del Demo ateniense de dirigir una política exterior independiente. Paradójicamente, empero, fue en esta época (333/2) cuando los atenienses erigieron una colosal estatua a la *Demokratia*⁸².

La mayor amplitud del período de tiempo estudiado, que comprende desde la mitad del siglo V hasta el 322, permite obtener una idea más cabal del concepto fundamental existente en la relación entre el ciudadano particular y el sistema democrático. Ese concepto es la noción de compromiso o participación política, y fue esencial para el pensamiento y los escritos atenienses (y griegos) sobre la ciudadanía y la vida de la polis. Como observó Aristóteles, “un ciudadano está definido sencillamente nada más que por el derecho a participar en la justicia y en los cargos públicos”. En el término “cargo público” Aristóteles incluía todas aquellas funciones que se vinculaban con el ejercicio del poder y de esta manera sentaba como requisito para ser miembro de la Asamblea el poder ejercer un “cargo público” en sentido estricto. Esta definición, argüía, se aplicaba de forma especial —y necesariamente— a la ciudadanía de una democracia⁸³. El objetivo central de esta investigación es estudiar la participación de los ciudadanos en la democracia de Atenas, y no simplemente las instituciones a las que los ciudadanos tenían acceso y sus derechos de participación en la vida pública de su polis, sino también hasta qué punto los ciudadanos atenienses pudieron materializar la posibilidad de una participación igualitaria. Consideraremos en primer lugar los privilegios de los ciudadanos atenienses y la apertura de oportunidades, especialmente en el siglo V.

Notas

1 Piaren Lisis205c, APF359-60, cf. Sealey 54-5 y Sealey (1974) 290-1; Esquilo Suplicantes 397-401, 517-23, 600-24, 698-700, cf. Sealey (1974) 263-72, véase cap. 1.4; véase igualmente la elección del nombre Filodemo (“amigo del Demo” o “amado del pueblo”) para un ateniense que nació hacia el 480 (ML 33.35, Connor 101 n. 20).

2 Isócrates 10.34-7, 12.129, [Demóstenes] 59.75, 60.28 (cf. Pausanias 1.3.3) Plutarco Teseo 24; Webster (1969) 98-104, Boardman (1975) 228-9; Lisias 30.2, 26, Isócrates 7.16-17, Demóstenes 18.6-7, 22.30-2; Aristóteles Política 1273b35-74a21, AP 35.2, 41.2; Fuks (1971) 14-25, 35-40, 95-6, 107-13, Ruschenbusch (1958) 398-424, Finley (1975) 39-40, 50-2.

3 AP9

4 AP7.3-4, 8.1, 26.2, 47.1 (y CAAP), Plutarco Solón 18; Hignett 101-2. Sobre la prioridad de consideraciones de orden militar o criterios económico/ocupacionales, véase Andrewes (1956) 87-9 y CAAP 138, 143.

5 AP 12.1-2 (traducción de Juan Ferraré), Plutarco Solón 18; Aristóteles Política 1273b35-74a21.

6 Aristóteles Retórica 1368a17-18, Arriano 3.16.7; Thompson y Wycherlcy 155-9, Taylor (1981) 10-50; Demóstenes 19.280, AP 58.1; los descendientes de los tiranocidas disponían de comida gratis (sitésis) en el prítaneo (IGI³.131.5-6, Dinarco 1.101).

7 Ateneo 15.695a-6, Ostwald 121-36, Taylor (1981) 51-77.

8 Heródoto 5.55, 62-5, 6.123, Tucídides 1.20.1-2, 6.53-9; AP 18.

9 Andrewes (1956) 107-15, Parke 34-45, 125-35.

10 Heródoto 5.66, 69, AP20 (y CAAP).

11 AP 13.5, 21.1-4 (y CAAP), Aristóteles Política 1275b34-9, 1319b19-27, Hignett 132-4.

12 AP 21.4; Eliot (1962) 136-58, D. M. Lewis (1963A) 22-40, W. E. Thompson (1966) 1-10, Traill, Andrewes (1977) 241-8, Traill. (1982) 162-71, Siewert (1982) 1-138, Whirthead 5-38.

13 Heródoto 5.69.2; Oswald 142-60; Headlam 165-8, Hopper (1957) 14-18; vase cap. 3.1.

14 AP21.3-4 (y CRAP), Hignett 132-58, Rhodes 208-10; Bracken (1955) 22-30, Siewert (1982), en especial 139-53, D. M. Lewis (1983) 431-6; véase Kearns (1985) 189-207; sobre el ostracismo, véanse AP 22 y cap. 7.2.

15 Woodhead (1967) 13540; sobre Clístenes como fundador de la democracia ateniense, véase Heródoto 6.131, Isócrates 15.232, 16.26-7, AP 293 (cf. Plutarco Cimón 15), Larsen (1948) 12-15; véase También Martin (1974) 5-22,

16 Esquines 3.181-90 (enumeración de los grandes atenienses), Pausanias 1.15.1-16.1; [Lisias] 2.20-6, Isócrates 4.85-7, Platón Menéxeno 240d-e, Licurgo Leócrates 104; Robertson (1975) 1.242-5, Thompson y Wycherley 90-3; Meiggs 471-2; véase además AP 22.3. Sobre Teseo, véase Tyrrell (1984) 2-22.

17 Pausanias 1.14.5: Loraux (1981) 157-74, 406-11; Esquilo Persas 230-4, 241-2, 807-8, Pritchett 3.172-83. Algunos aristócratas atenienses como Andócides (3.38) preferían datar la hegemonía de Atenas a partir de Maratón e ignorar incluso Salamina (1.107-8).

18 Pausanias 1.29.4; Jacoby (1944) 47-55, cf. HCT2.94-101, Clairmont (1983) 9-15; véase R. Osborne (1985) 61; véase AP22.3, 27.1.

19 Tucídides 1.100-1.

20 Heródoto 5.49, 64-5, 72-6; 6.49-50, 105-6.

21 Heródoto 8.1-3, 14, 42-8, Plutarco Temístocles 7.2-3; cf. Amir (1965) 18-20.

22 Tucídides 1.90, 95 y Diodoro Sículo 11.50 tratan sobre la actitud que observaban los espartanos a propósito de la hegemonía; de Ste Croix (1972) 170-1.

23 Véase cap. 2.3.1.

24 Tucídides 1.103-10, Meiggs 92-108.

25 IG I³.14 (ML 40), 21; Plutarco Pericles 11.5, Diodoro Sículo 11.88.3, Pausanias 1.27.5; IG I³.37 (ML 47); Meiggs 109-28, 152-74.

26 Tucídides 1.112 (y HCT), Meiggs 124-8; ML 39, 50; Meiggs 152-74.

27 Isócrates 4.118, Diodoro Sículo 12.4.5, Teopompo FRG 115 F134-5; Plutarco Pericles 17 (decreto del congreso); Meiggs 129-56, 487-95, 512-15.

28 Tucídides 2.13.3 (y HCT 20-33); véase cap. 2.3.1.

29 Davies (1978) 111; véase cap. 8.2; Tucídides 2.13.3, Meiggs 154-5.

30 Tucídides 1.14.3, 138.3; AP 22.7 (y CAAP), Plutarco Temístocles 4, cf. Heródoto 7.144; Heródoto 6.89, 132.1.

31 Heródoto 7.141-4; Tucídides 1.18-19, 96-101; [Jenofonte] AP 2.2-16; sobre el poder naval de Atenas, véase Amic (1965) 18-26, Morrison y Williams (1968) 223-43.

32 Tucídides 1.93.3-7 (y HCT), Diodoro Sículo 11.41.2-4, Pausanias 1.1.2-5; D. M. Lewis (1973A) 757-8, Dickie (1973) 758-9; cf. AP 24.1-2 (y CAAP).

33 Tucídides 1.107-8, de Ste Croix (1972) 187-96.

34 Tucídides 1.107.1, 108.3, Plutarco Pericles 13.5.

35 [Jenofonte] AP 1.2, Aristóteles Política 1304a17-24.

36 Véase apéndice I A-C. Sobre la proporción del número de thetes en el conjunto de la población, cf. Gomme 12-16, 26, Jones 9, 177, Patterson (1981) 55-8.

37 Tucídides 1.98.2, Plutarco Cimón 8.3-6; Tucídides 1.100.3; Plutarco Pericles 11.5, Diodoro Sículo 11.88.3, Pausanias 1.27.5, Meiggs 121-3; Tucídides 1.114.3; véase Green y Sinclair (1970) 515-27, aunque cf. Jones 161-80; Brunt (1966) 71-92.

38 Aristófanes Ranas 718-26, ML 45, Meiggs 167-72.

39 Tucídides 1.98-9, Plutarco Cimón 13.6, véase cap. 2.3.1.

40 Tucídides 2.38, [Jenofonte] AP 2.7; French (1964) 107-19, Amit (1965) 73-94; Aristóteles Política 1267b22-3.

41 Véase, por ejemplo, desde la segunda mitad del siglo V [Jenofonte] AP2.2-7. 11-16, Aristófanes Acarnienses 533-4; véase también Isócrates 4.41-2.

42 Para los beneficios económicos del imperio, concretamente durante los años 410 y los años 420, véase [Jenofonte] AP 1.17, Aristófanes Avispas 656-60, French (1964) 107-34, Meiggs 255-72, Finley (1978) 103-26; véase además Tucídides 2.13.3, Jenofonte Anábasis 7.1.27; véase cap. 8.2.

43 Aristófanes Caballeros 815, Plutarco Temístocles 19.2-4.

44 [Jenofonte] AP 1.2, Aristóteles Política 1304a21-4, Plutarco Temístocles 19.4.

45 Aristóteles Política 1303b10-12 y 1291b20-5.

46 Hammond (1967) 216 n. 2.

47 Hanson (1980) 51-71 (véase también 148-55, 159-66; Plutarco Pericles 33.4, Sófocles Edipo en Colono 698-702).

48 Garnsey (1985) 62-75; cf. de Ste Croix (1972) 45-9.

49 R. Osborne 15-46, véase Pecírka (1973) 133-7.

50 Lisias 19.29, 42. Platón Alcibiades I 123c, [Demóstenes] 42.5; Dionisio de Halicarnaso Lisias 34; de Ste Croix (1966) 109-14, Andreyev (1974) 5-25, Cooper (1978) 169-72, Davies 52-4; Kluwe (1976) 300-13.

51 Heródoto 5.77-8 (trad. Gredos): isegoria (igualdad de derecho de expresión) era algo característico sólo de las democracias, y aquí Heródoto emplea el término en un sentido más amplio "libertad" o "democracia" (véase Griffith (1966) 115). Véase ML 15, Tucídides 8.68.4; cf. Platón Menéxeno 239a-b.

52 Heródoto 7.139 (trad. Gredos, adapt.); Isócrates 4.91-8.

53 Licurgo Leócrates 41, [Lisias] 2.17-18 (traducción Alma Mater); Heródoto 7.161.3; véase Tucídides 1.2.5, quien argumenta que los habitantes del Ática fueron siempre los mismos debido a que la pobreza del suelo hizo que la región fuera poco codiciada por invasores; Tucídides 2.36.1, Aristófanes Avispas 1075-80, Eurípides Ión 29-30, 589-90, Jenofonte, Memorables 3.5.12, Platón Menéxeno 23b6, Isócrates 4.24-5, 8.49, 12.124-6, [Demóstenes] 60.4, Hipérides 6.7.

54 Tucídides 2.39.1, Sófocles Edipo en Colono 258-62, Isócrates 4.41; véase cap. 2.1. Atenas se presentaba como modelo de pueblo benefactor, protector y maestro de Grecia durante la segunda mitad del siglo V y el siglo IV: por ejemplo, Heródoto 9.27, Tucídides 2.37-41, Eurípides Suplicantes 187-92, Jenofonte Helénicas 6.5.45-8, [Lisias] 2.7-16, 54-7, Isócrates 4.26-40, 43-6, 52-4, 75-82, Platón Menéxeno 237c-238a, Licurgo Leócrates 83-8, Hipérides 6.5.

55 Griffith (1966) 115-38, Woodhead (1967) 129-40; cf. J. D. Lewis (1971) 129-40. Sobre la libertad de expresión en Atenas, véase [Jenofonte] AP 2.18, Radin (1927) 215-30 y HCT 1.387, y sobre las reformas de Efialtes, véase AP 25 (y CAAP), además del cap. 1.5 y n. 72.

56 Véanse, por ejemplo IGI³.40 (ML 52).1 (446/5 a.C.) y Tod 114.2, 6-7 (387 a.C.) así como para las diversas fórmulas decretales el cap. 4 n. 52; Tod 124.8-9 (377 a.C.), 133.13-14 (368 a.C.). Véase cap. 3.5.

57 Heródoto 1.196.5, Tucídides 2.65.2, 6.53.2, [Jenofonte] AP 1.2, 4-9, Jenofonte Memorables 4.2.37, Aristóteles Política 1293b34-42, 1304b1; Neil (1909) 202-9. Connor 88-9, Dover 296-9.

58 Isócrates 15.231-6; AP 28.2-3 (y CAAP), véase Tucídides 8.89.4; Connor 108-15.

59 Esquilo Suplicante 370-5, 397-401, 602-10, 698-700: Ehrenberg (1950) 517-24, cf. Scaley, (1974) 263-72 (adviértase en todo caso el vivo contraste entre el sistema ateniense de votación a mano alzada con el procedimiento espartano de tomar las decisiones por aclamación, véase Tucídides 1.87.1-3), Kinzl (1978) 117-27, 312-26; Heródoto 4.137.2, 6.43.3, 6.131.1; Connor 199-206, Sealey (1974) 272 n. 19, Evans (1979) 145-9, cf. Fornara (1971B) 25-34 y (1981) 149-56.

60 Heródoto 3.80.6, cf. 5.78, Tucídides 2.37.1, 3.82.8, 6.39.1, Eurípides Suplicantes 404-8, 433-41, Fenicias 535-48; véase además Isócrates 20.19-20, Demóstencs 21.67, 24.59, 51.11, Aristóteles Política 1301a25-35, 1308a11-13; Ostwald 107-20, Vlastos (1964) 1-35.

61 AP29.3, Andócides 1.96, Isócrates 7.20-2. 60-1, cf. 3.14-15.

62 AP 2.1, 20.1, 28.2-3 (y CAAP); Heródoto 3.80-2, especialmente 81.1-2; IG I³.14 (ML 40). 22-3, 27-9 (decreto de Eritras del 453/2 ?), Lisias 30.9, Helénicas de Oxirrincos 6.2, Platón Político 291d.

63 Heródoto 3.80.6, cf. 82.4, cf. 6.43.3; Aristóteles Política 1279b21-2; Ostwald 107-13, 178-9, Sealey (1974) 272-7.

64 AP 26.2, aunque véase 7.4 (donde se demuestra que la ley que excluía a los thetes de las funciones públicas se había convertido en papel mojado ya en los años 320, y quizás mucho antes); cf. 47.1. Véase Aristóteles Política 1294b7-9 y, en relación con las críticas que hace Sócrates al sistema de sorteo, Jenofonte Memorables 1.2.9; cf. Isócrates 7.23.

65 AP 22.5 (y CAAP), 43.1 (incluidos, a mediados del siglo IV, los encargados de los Fondos de los Festejos); véase cap. 2.3.3.

66 Sobre el sistema de sorteo como rasgo característico del sistema democrático ateniense véase [Jenofonte] AP 1.2-3, Jenofonte Memorable; 1.2.9, Aristóteles Política 1294b7-9, 1300a32-b5, 1317b20-6; Demóstenes 39.10-11; Headlam, en especial 1-32, 191-2, y Hignett 228-31. En los primeros tiempos se extraían unas judías de un recipiente para realizar el sorteo. Ya en la década de los 320 se empleaba procedimientos más complejos, entre ellos máquinas de sortear (kleroteria); véase AP 63-6 y cap. 3 n. 103.

67 Cr. Badian (1971) 17-30; cf. Kelly (1978) 1-17.

68 No obstante, véanse las alegaciones que hace Esquines 1.106, 3.62.

69 Véanse cap. 2.3.1 y 4.1; AP 25 (y CAAP), 35-2, 57.3, 60.2, Plutarco Cimón 15, Pericles 10, Esquilo Euménides 681-710, 858-69, 976-87, Tucídides 1.107.4-6, Aristóteles Política 1317b41-18a2; Hignett 193-213, Rhodes 201-6: cf. Sealey 42-58.

70 Véase cap. 4.1; Aristóteles Política 1274a15-18, 1.281b31-4, 1282a25-32, 1318b21-32.

71 [Demóstenes] 59.88; véase cap. 3.5.

72 AP 9, 25.2 (y CAAP), Aristóteles Política 1273b35-74a21; Sealey 46-52, MacDowell 29-33, Forrest (1966) 217-18, Rhodes 204 n. 1.

73 Hignett 216-18, 223, pero cf. Hansen (1981-2) 9-47, en especial 27-39.

74 Esquilo Euménides 734-53, AP 68-9; Boegehold (1963) 366-74. Staveley 96-100; cf. Jenofonte Helénicas 1.7.7 con 1.7.9; Hansen 103-21; Aristófanes Caballeros 255, Avispas 891, 908, Antífote 6.21, Lisias 10.16, Demóstenes 24.105.

75 AP 27.3-4 (y CAAP), Aristóteles Política 1274a8-11. Véase AP 24.3 y 62.2 (y CAAP) sobre otros tipos de paga incluso a bouleutas y funcionarios: a éstos se les había asignado una paga antes del 411 y es probable que fuera incluso ya en la década de los 430 o antes. Estas pagas por el desempeño de servicios civiles (excepción hecha en el caso de los nueve arcontes y los prítanos) fueron suprimidas por los oligarcas en el 411. Véase Tucídides 8.65.3, 69.4, 97.1, AP29.5, 30.2, 33.1, Hignett 218-20. Véanse caps. 2.3 y 5.1.

76 AP27.4, Platón Gorgias 515e.

77 Véase Ruschenbusch (1979A) (p.e. 76-82 a propósito de la paga del Estado), quien niega o minimiza el papel de las ideologías en el desarrollo de los acontecimientos internos y exagera el (primordial) papel de las necesidades prácticas, en especial de la política exterior.

78 Aristóteles Política 1291b30-8, 1310a28-36, 1317a40-b7, 1284a19; Eurípides Suplicantes 349-53, 404-8, 438-41, Tucídides 8.68.4.

79 Aristóteles Política 1317b11-13; [Jenofonte] AP 1.8-10; Platón República 557b- 558c, 562b-563e, Isócrates 7.20, 37, 12.131; cf. Tucídides 2.37.2-3, 39.1, 7.69.2; véase cap. 8.3.1.

80 Aristóteles Política 1317b17-18a3 (trad. J. Marías adapt.)

81 Véase por ejemplo el cap. 2.3.2 (relativo a la tendencia a la especialización y a la Comisión del Fondo de Festejos), cap. 3.5. (la Heliáia), cap. 4.2 (nomothesia), cap. 5.2 (el ostracismo; paga a los miembros de la Asamblea), cap. 6.5 y 6.6 (empleo de la graphe paranomon y la eisangelía), cap. 8.4 (problemas financieros; recurso a los expertos). Sobre los rasgos que caracterizaron a la democracia posterior al año 403, véase Mossé 259-332, Rhodes (1980A) 305-23; cf., R. Koerner (1974) 132-46, Hansen (1974) 12-14; véase cap. 8, n. 113.

82 IG II².2791, Raubitschek (1962) 238-43 (sobre el culto a Demokratía), Palagia (1982) 108-13; IG II².1604.24 (una entrada de la primera relación conservada [377/6 a.C.] de la serie de relaciones de naves del siglo IV en las que aparece como nombre de una trirreme [que se describe como "vieja"] el de Demokratía, y la primera de las numerosas inclusiones de esta u otras trirremes llamadas igual).

83 Aristóteles Política 1275 a 22-33, 1275b5-7.